

En el País del Odio

Las travesías

GILMER MESA

Penguin Random House, Bogotá, 2021,
431 pp.

LAS TRAVESÍAS recrea la historia de las familias que formó el bisabuelo del narrador, instaladas cerca de las veredas El Aro y La Granja al nordeste de Antioquia, en medio de la violencia y la extrema polaridad, primero entre los partidos políticos, más tarde entre las bandas armadas a lo largo del siglo xx inaugurado con la guerra de los Mil Días. Cruz María, cansado de combatir, al final sin saber por qué, resuelve colonizar junto con otros hombres, con su mujer y la hermana de esta. Cuando después de un tiempo levantan finca y casa monte adentro no empiezan desde cero, como cree su mujer Mercedes y como quisiera creer él, pues hay un pasado, por parte del mismo Cruz, de deudas que pagar, al haber combatido en guerras civiles, y por parte de su cuñada Carmela, de deudas que cobrar, al haber sido abusada por su propia abuela que prefería a su hermana mayor, Mercedes.

En *Las travesías*, que pretende explorar el País del Odio, un odio intrafamiliar se siembra con el adulterio de Cruz que traiciona a Mercedes al acostarse también con su hermana Carmela. Las preña a las dos al mismo tiempo y sufre las consecuencias de su adulterio, en él, en las dos mujeres y sobre todo en los hijos y las hijas que tiene con la una y con la otra, que conviven en el odio mutuo y comparten tanto un territorio como el odio por el marido y por el amante.

La araña y la telaraña tejida entre las dos familias de Cruz se entrelazarán con la maraña de la violencia desplegada en nombre de un partido o de otro; años más tarde será en nombre de la guerrilla o de los paramilitares, y sobre esta polaridad, que para los de abajo se sostiene en la nada, lo único que resalta es el odio en ambas partes, capaz de engendrar una espiral de venganzas que parecería interminable, río revuelto y turbio en el que muchos pescarán. También la narración, que animará, en diversas instancias, a los agentes del odio y la violencia, aquellos que recluta un bando u otro entre la amplia gama

de malogrados bien calificados en la obra.

Al principio, una dedicatoria: “A mi Madre, que cuenta historias mejor que yo”, y en el epílogo el autor confiesa su motivación al escribirla y se hace la pregunta que nos hacemos todos en Colombia:

Ese cordón umbilical con la tierra ancestral es el mismo que me trajo a mí a reandar los pasos de mi madre, mi abuela y mi bisabuela, y me hace querer comprender qué hay aquí que es tan fuerte como para hacerme entristecer al contemplar este vasto gris que asfixia, no sé qué quiero encontrar, tal vez un origen, quizás un destino, o al menos entender el porqué de tanto dolor gratuito infligido a tanta gente, porque no me basta con la codicia como único motor de la debacle, tiene que haber algo más profundo y más sórdido que engendra el odio entre iguales, entre parientes, que crea rabias y maldades antiguas e intensas que enseñaron a destruir antes que a construir [...]. (p. 428)

Reandar los pasos de sus ancestros, seguir sus huellas, representar, aun con el recurso de la imaginación y las dotes de un buen narrador, como es el caso de Gilmer Mesa, sobre todo si son cosas tétricas, tiene pues un precio, una sensación de asfixia que no deja de sentir un lector a lo largo de la narración. El autor, al igual que Germán Guzmán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna en el libro publicado en 1962, *La violencia en Colombia*, y al igual que María Victoria Uribe en sus libros *Matar, rematar y contramatar* (1990) y *Antropología de la inhumanidad* (2013), dejó en el tintero la respuesta a la pregunta que él se hace y que aún gravita y nos elude, ¿dónde se asienta eso “más profundo y más sórdido que engendra el odio entre iguales”? ¿cuáles son las motivaciones, qué hay en el fondo de tanto odio, tanta sevicia practicada por uno y otro bando en las masacres de gente indefensa, hechos ocurridos sobre todo a lo largo del siglo xx? El botín de guerra, instaurar terror, no da cuenta de fenómenos tan aberrantes como el desmembramiento y la decapitación, hechos comunes durante la Violencia (1947-1957) y en la época “florecente” de paramilitares y guerrillas (1990-2000).

¿Cómo se ha constituido, cómo ha medrado el Banco de Odio en el país? En 1874, Pedro Justo Berrío miró por el telescopio y declaró: “El país entero está dominado por el odio”. El odio, tremendo país. Escribe por su parte João Guimarães Rosa en su relato “Páramo”, que transcurre en Bogotá hacia 1948: “El del odio, un mundo desconocido. El mundo que usted no puede concebir. Todos se castigan”. Así, Carolina, hija de Mercedes,

[...] otra vez portaba consigo el sino de la desgracia, no sabía por qué, cuál era el odio hacia ella y su familia, dónde había surgido, parecía venido de antes del nacimiento de ella y sus hermanos, incluso mucho antes de su padre y su madre, un odio eterno y complejo, se sentía desdichada por haber llegado a la vida como si estuviera signada para aguantar odios que no podía entender, ¿cómo responder a eso sino odiando también? (p. 111)

Este odio se dirige “contra todo y todos, incluso, aunque no se sepa o se disimule, contra el mismo odiador” (p. 163). El arma hace tanto daño por la punta como por la empuñadura.

Nos parece que el intento por representar va en contravía de la idea de novela, palabra que remite a novedad, a algo nuevo. Es así como la *información*, en sentido propio, es directamente proporcional a la rareza, y es por eso que resulta casi nula la información que proveen los noticieros de la tele. Los hechos que trae a cuento *Las travesías*, las masacres ocurridas, con todo y que son monstruosos, no son raros en Colombia a lo largo de toda su historia, desde Alfínger y Pedrarias, verdugos eximios de la Conquista, y fueron reseñados particularmente en los libros sobre la Violencia de los autores mencionados arriba. Detrás de las motivaciones aparentes u ordinarias de los campesinos involucrados en la violencia, seguir a un líder político o a un cura o perseguir el botín de guerra, hay un rescoldo, una veta oscura y más bien siniestra que nos es esquivo y que permanece como una pregunta en esta novela, algo que semeja un nihilismo acendrado. Si el proceso de derrumbamiento de la moral a lo largo del siglo xx era aparente, no importaba que la gente siguiera yendo a misa, si ya no

había sino un Dios justiciero y la ley estaba en duda por la corrupción de altos funcionarios de la Justicia y del Estado. En estas condiciones, lo que se instaló, en lugar de una ética, fue el sadismo, y este “sadismo unánime actual procede ante todo de un deseo de nada profundamente instalado en el hombre y sobre todo en la masa de los hombres, una especie de impaciencia amorosa, poco menos que irresistible, unánime, para con la muerte” (L. F. Céline, *Muerte a crédito*).

No se puede dejar de observar la lucidez descarnada del retrato que el narrador hace de muchos pueblos de Colombia, a manera de oscuro sedimento de guerras pasadas:

Las calles del pueblo pesan de melancolía y en las personas y los animales languidece un gris infinito que se los va tomando, llenándolos de a poco hasta hacerlos sombras negras, caminan pegados a las paredes, por entresijos que construyen de miedos, como ratones asustadizos ante la presencia de los forasteros, y no quieren ser notados por nadie, de ahí el silencio hondo, pesado y soporífero que raptó hasta la música de las cantinas. [...] temor antiguo, una suerte de recelo añejado que traza en los rostros de la gente mapas de arrugas a los abismos de su pasado inmediato de pérdidas y estragos, es un pueblo viejo y de viejos donde los jóvenes son viejos de menor edad, ancianados por dentro, que guardan en el cuerpo el cansancio y la desconfianza del que ha vivido sin conocer la calma, hermanado a la muerte que muerde cada tanto [...]. (pp. 425-426)

Entre pintar el grito o pintar el horror, Gilmer Mesa escogió la segunda alternativa, mientras que el pintor Francis Bacon optó por la primera, cosa que realiza de manera magistral con su retrato de Inocencio x. Pintar el grito es algo como detectar las potencias diabólicas que tocan a la puerta; se grita a la Muerte, y ella no está en primer plano, a diferencia de lo que ocurre cuando se pinta el horror: en este caso la Muerte es demasiado visible y tiende a achicoparnos.

Empero, tal vez tenga sentido pintar el horror, si nos atenemos al *Novísimo plan educativo* de Heinrich von Kleist,

según el cual en el mundo moral vale el principio de contradicción que nos hace proclives a situarnos, en nuestra opinión, siempre en el lado opuesto: “Por ello, conviene procurar de vez en cuando malos ejemplos a la juventud, para disuadirla del vicio. Las buenas compañías se imitan, pero la moralidad tiene que ser inventada contra las malas compañías merced a una peculiar fuerza del corazón”.

Rodrigo Pérez Gil